

Apunte para una biografía



Ramón Vergés Pauli

trovador de la Cinta y cantor de las tradiciones tortosinas

(1874-1938)

Entre estas dos fechas se encuentra una vida humilde consagrada, con castidad y constancia, al servicio y culto de Tortosa. La vida entera de un hombre «casto, sereno, fervoroso y justo», cuya existencia es oportuna en estos días tan nuestros, y por esto también tan nuevos, en los que parece alguna releva su personalidad.

Con tanta admiración, con venerable reverencia, con entusiasta amor, aquel hombre fue recogiendo datos, interrogando a las gentes, buscando en archivos, descubriendo joyas, y de su labor «callada y paciente» nacieron esas páginas admirables que titulé, con gran acierto, «ESPIRINES DE LA LLAR». Cláspas

encordadas de amor, que brotaban de la «lira tortosina», y que por un buen hilo de esta tierra iban siendo recogidas, trasladadas a nuestra lengua vernácula y ofrecidas a la Virgen de la Cinta, la mara del ser casto.

Sencillo y humilde, como el Santo de Aisl, del que era gran devoto, no apetecía gloria alguna para sí. Casaba las de su tierra y las de su Virgen, buscaba en estos días con reverencia fervorosa, y en sus escritos volcaba su corazón ansioso de despertar en los demás ese amor santo que todos llevamos en nuestra alma, pero que en muchos parece dormido.

Una admirable combinación entre la inteligencia y el sentimiento, preside los escritos de Ramón

Vergés Pauli. Con lenguaje fluido y sereno, expeditivo y característico de esta nuestra ler tortosina, escribió las costumbres de la tierra que le vio nacer (I), sus tradiciones, escribió monografía, divulgó la devoción a la Virgen de la Cinta —la nostra Cinteta, como él la llamaba con cariño—, para regalo de nuestro espíritu, nos dejó los seis tomos de sus y famosas «ESPIRINES DE LA LLAR», cuyas imperfecciones páginas, guras y luminosas, destacan en su vasta y notable profusión.

Anticipando la publicación de otras obras que tenía en proyecto, le sorprendió el Alzamiento Nacional, y aunque su persona fue por todas respetada, los peligros de la guerra le llevaron de la ciudad querida, en busca de cobijo más seguro. Le halló no lejos de ella, sin salir de la tierra tortosina por el tan apasionadamente amada, y si bien luego pensó a salvo del peligro de las bombas, su modo libre de las privaciones y penurias que la guerra trajo consigo. Y ellas acrecentó su muerte.

Unos años antes había finalizado una de sus obras, dedicada a la memoria de sus hijos con motivo de su primera comunión, con estas entre las que, a la vez que su amor de padre, jorona de volver la bondad de su corazón y el arraigo de sus creencias:

*«Jordi, dibuixat Rabal,
ja va val de creu, vall pati,
me, per esta Comunió,
la creu, a ma filla, me
dime'm de que per a mi».*

Y Dios, que a nadie da la cruz, prenda o ligera, que su ruego y le contó las dos cruces que había pedido para él. No pudo, sin embargo, soportar su peso, realmente excesivo en aquellas circunstancias y aquellas estrecheces, y víctima resignada de una guerra fratricida y cruel, cuyos peligros quiso evitar, sin placidamente su espíritu al Señor, en Isla de Mar, el 7 de agosto de 1918.

Tortosa, reducida a un montón de ruinas por aquel entonces, estaba desierta. Era casi totalmente la ciudad, se hallaban sus hombres dispersos por esos mundos de Dios. En el de aquí, los que sufrían: en el otro, en el de la orma vida, los que, tras un martirio cruel, habían dejado de sufrir. Estos le recibían, sin duda, como en la Gloria debe recibirse a los hombres justos que

jamás determinaron con sus hechos el profundo arraigo de sus santas convicciones. Los otros, los que en esta tierra habitaron —de una u otra forma— de dejar la nuestra, no nos enteramos, de cómo nacieron, ni de cómo se fueron, de que lo habíamos perdido para siempre.

Y solo, sin amigos ni admiradores, sin una representación de la Ciudad cuyas glorias cantara de cien maneras, fui llevado su cadáver al cementerio de La Cava en espera de poder ser trasladado al de esta Ciudad, en el que hoy reposa sus restos.

Al resignarse de nuevo la vida en la patria del que fui su fervoroso cantor, no volvíeron ya a publicarse aquellas abstrusas periódicas —diarios y semanarios— en cuyas columnas vieron la luz tanto de sus escritos, y quizá por ello no se le ha honrado su memoria como merecían sus méritos.

Desde que en 1890 publicó en «El Correo de Tortosa» el primer de sus artículos, no cesó jamás de escribir para Tortosa y para los tortosinos. Fundó el semanario «La Esperanza» y, años después, en 1908, «La Libertad», de carácter regionalista, que se publicó bajo su dirección durante más de un lustro. Fue redactor de «El Correo de Tortosa», dirigió «El Regenerador» y ocupó el cargo de redactor de ««Correo de Tortosa», en su segunda época. Colaboró en «La Verdad», «Diario de Tortosa», «La Zuda», «Germanos y Hermanos de Tortosa», y sucedió al prestigioso Dr. D. Gerardo Vergés Zaragoza en la dirección de la prensa y vida revista «La Santa Cinta».

Pero por encima de esa fecunda labor periodística está su obra folclórica y su apasionado amor a la Virgen de la Cinta, de cuya Arcaicoheraldia era Archivero. Como historiador, nos ha dejado monografía tan interesantes como «La Casa del Ermita i l'Hospital de la Santa Creu», «La devoción dels Concellers a la Virge de la Cinta», «L'Ermita de Mig-Cantir», «Lo militar de la



ESPECIALIDAD EN CAMISAS A MEDIDA

Bomba y otros varios trabajos, escritos casi todos en nuestra lengua primitiva, sin apartarse jamás de la variedad dialectal tortosina, que precisamente destacan.

Escritor ameno y castizo, supo relatar el ayer lejano con interés de actualidad, y como poeta supo impregnar sus producciones de ese gran sabor de la tierra que trae hasta nosotros el lejano aroma de unos tiempos idos, que nos han revisitado con naturalidad y maestría.

Estos primeros días sepáramos eran para él días de felicidad. Por eso parecían, por su ambiente impregnado de sano y santo tortosinismo, los más indicados para redactar, con estas líneas —humildes también como él—, el homenaje de gratitud y admiración que le debemos todos, y muy particularmente aquellos que, a más de deleitarnos con su obra literaria, fuimos honrados con su amistad.

...

En 1898 cuando, prologado por D. Federico Pastor y Llois, el eximio autor de «NARRACIONES TORTOSINAS», un joven de 24 años, que se movió ya como una experiencia de las letras patrias, publicaba un pequeño volumen de impudidas poesías castellanas, recogidas bajo el título de «Violetas». Desde entonces, los que fueron sus amigos y habían sido sus compañeros de estudio le llamaron también a él «Violeta», y al mencionarle amistosamente con este nombre que tan bien le cuadraba, nunca de recuerdo que estuvieran más acertados de lo que en su fino humor se figuraba, ya que D. Ramón Vergés Pauli, el fervor autor de aquellas «Violetas», venía, por su modestia, una violeta más, y hasta me atrevía a decir que lo parecía también por el perfume, que perfume de flores del bosque, aromas equívocos de la tierra tortosina, emanaba de todas sus obras, empapadas de aquellas agradables fragancias que traen a nuestra memoria, con el recuerdo de lugares queridos y de horas memorables, aquel sutil aroma de las cosas viejas, conservadas entre maderas de olor y botellas de espoliego.

Conoció su obra literaria, quiero destacar ahora su humildad, tan grande como aquella y tan sincera como la estimación que sentía por su Tortosa y sus tradiciones.

Terminado mientas más que sobados para serlo, no fue académico, ni miembro distinguido de ninguna corporación, ni tuvo otros títulos, ni más diplomas, que yo sepa, que los muchos que ganó

en Juegos Florales y Certámenes Literarios, y aun entre las más excoelentes, ocultas a los ojos de las gentes, porque creía, en su modestia, que era vanidad exhibirse encumbrado en su marco.

Parecía que, a más de serlo de las Masas, fuera también discípulo del serafico San Francisco, el humilde Trovador de la Umbra, que cantaba, vestido de burelo pardo, a la Hermana Luna, a los hermanos Pájaros y a la Hermana Maravie, de aquel santo Pobrecito de Aisl, que, abrazado a la Pobreza, fundó los Pósitos Menores y cedió su cistara con su cordón de rosas, cuyos extremos me pareció siempre ver acomar por debajo del albegio del autor de las famosas «ESPIRINES DE LA LLAR», que de la ler tortosina fui recogiendo, con paciencia benévola, un espíritu franciscano.

Quisiera al bautizarlo el nombre de Ramón Vergés Pauli en los libros de la Venerable Orden Tercera del Padre San Francisco —que no, todos se han perdido, por fortuna—, lo bautizáramos vinculado a alguno de sus cargos de gobierno. Entonces a nadie extrañaría ya que no apeteciera honores, ni torvera título, el humilde terciario franciscano, autor benévolo de «ESPIRINES DE LA LLAR».

En la primera página del VI tomo, es el ejemplo que afectuosamente me dedicó, escribió esas palabras sencillas de cariño, en las que, a pesar de su sencillez, presunta de modestia. «Jo, que no sé res, he sigut poeta», me decía recordando lo que años antes escribiera en la dedicatoria del tomo primero de esta su obra. Si ello fuera cierto, como él creía, sería cuestión de alabar, a la ya larga lista de franciscanos ilustres, el nombre de un poeta nuevo. Mas mucho me temo que, de no haber acertado mejor en otras producciones, no pueda ser así. Pero poeta o no, su nombre humilde, aromado de prestigio, está destinado a no morir. Con sus obras vivirá mientras haya tortosinos amantes de las gentes de su tierra, y la frecuencia de aquellas «violetas» primarias, acompañándole para siempre, se confundirá con la de aquellas otras que sobre su tumba colgaduras, es homenaje de obsequial gratitud, los que en las páginas de este libro tortosino aprendimos a amar más a nuestra patria desde que por él la conocimos mejor.

Manuel Seguer Doyol

Septiembre de 1918.